

“El Reino de Dios: Parábola del sembrador”*(Lc. 8:4-15)*

Sal. 84; Is. 55:10-13; 2 Co. 2:7-9; Lc. 8:4-15

Cap, Miranda,
Hohenau.**Parábola del Sembrador (Lc. 8:4-8a)**

Podemos suponer que el sembrador de la parábola no tenía ningún ingeniero agrónomo que le asesoraba. Nos damos cuenta de eso, porque este sembrador, al parecer usa muy mal de su semilla: la siembra al voleo por todos lados, incluso en lugares en donde el terreno no es apto. Los cuatro terrenos en donde cae la semilla son estos: 1) junto al camino; 2) sobre la piedra, o sobre pedregales; 3) entre espinos; 4) en buena tierra. ¿Qué raro, no les parece? Que este sembrador arroje semilla dónde no conviene, donde no es apto, donde él no podrá cosechar ningún beneficio. Sin embargo, este sembrador parece un loco descontrolado, y va caminando, y arroja la semilla a diestra y siniestra, como si no tuviera en cuenta el lugar donde cae su semilla, como si tuviera semilla en abundancia, como queriendo sacarle a la tierra frutos de entre todos los terrenos. ¿Por qué hace esto el sembrador? ¿Qué les parece? ¿Por qué siembra así, siendo que de esta manera nadie en su sano juicio echa la semilla en la tierra?

La parábola del sembrador nos permite observar un punto muy importante del reino de Dios. Este punto es la gracia universal de Dios. Esto quiere decir, que Dios de verdad desea la salvación de todos los hombres, así como el sembrador que desparrama su semilla en toda clase de terrenos, ya sea junto al camino, sobre la piedra, entre espinos, o en tierra buena. La semilla es la palabra de Dios (Lc. 8:11). Esta palabra trae el reino de Dios a todos los hombres, a todos sin igual, sin discriminación. Porque Dios desea salvarlos a todos, como dice: “Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Ti. 2:3b-4). Si entendimos este punto muy importante, el de la gracia universal, ya entendimos la mitad de la parábola del Sembrador. Dios quiere verdaderamente, en lo interno de su corazón, salvarlos a todos, así como el sembrador arroja la semilla por todos lados. Y el medio de Dios nuestro Salvador utiliza para intervenir en la historia del hombre es su santa Palabra. Dios no quiere relacionarse con nosotros sino solamente a través de su Palabra, así como de la misma manera, el único medio necesario que el sembrador utiliza para sembrar en la tierra es su semilla. Porque la semilla es la palabra de Dios, para sembrar y hacer crecer en nuestros corazones el santo evangelio de la gracia, el evangelio del reino que es para todos los pobres pecadores sin distinción, para todas las almas perdidas en el suelo de este mundo.

Veamos ahora los terrenos. ¿Qué pasa en ellos cuando el sembrador siembra la semilla? Ocurren diferentes reacciones. La semilla que cae junto al camino, no resiste mucho tiempo: fue pisada y los pájaros del cielo se la comieron. La semilla que cae en terreno rocoso, entre las piedras, donde no había mucha tierra, nació pero se secó pronto, por el calor del sol y por falta de humedad. La semilla que cae entre los espinos, resultó ser que los espinos brotaron y crecieron junto con ella, y al final la sobrepasaron en tamaño y resistencia y la terminaron sofocando, y también murió. Finalmente, la semilla que cae en buena tierra, nació y dio fruto, en unas partes al 100%, en otras al 60% y en otras al 30%. Esto cuenta, a grandes rasgos, la parábola, es decir, esta comparación entre el sembrador y su siembra, por un lado, y el reino de Dios, por el otro. Al final Jesús añade una exhortación, un llamado que dice: “El que tiene oídos para oír, oiga” (Lc. 8:8b). Como queriendo decir, públicamente a todos: El que tiene oídos para entender, que entienda.

Exhortación del Sembrador (Lc. 8:8b)

“Cristo habló al pueblo en parábolas, para que cada uno entienda de acuerdo a su habilidad. Les habló en parábolas porque no entendían y estas sirvieron para acercar e interesar más al pueblo. Aun cuando no las entendieron, más tarde se les enseñó a descifrarlas. Naturalmente, las parábolas le gustan al pueblo común y las recuerdan con facilidad.”¹ Pero a menos que el Espíritu Santo nos revele su significado, no podrán conocer su contenido. “Para que *‘viendo no vean, y oyendo no entiendan* (Lc. 8:10); “para que no se conviertan, y les sean perdonados los pecados” (Mc. 4:12). “De manera que se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dijo: *‘De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis. Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado [se ha vuelto insensible], y con los oídos oyen pesadamente [con*

¹ Lutero, *Sólo por Fe*, p. 42.

dificultad], y han cerrado sus ojos; para que no vean con los ojos, y oigan con los oídos, y con el corazón entiendan, y se conviertan, y yo los sane” (Mt. 13:14-15).

“Los hipócritas y cristianos falsos también se llaman ‘miembros de la congregación’, pero no lo son. Por caridad les damos este título, puesto que confiesan el nombre de Jesús, y por caridad también suponemos que creen lo que confiesan. No podemos mirar dentro de sus corazones. Esto lo dejamos a Dios. No queremos juzgarlos, salvo cuando es *evidente* que son impíos. En tal caso, dejamos de llamarlos de ese modo, los excomulgamos y los llamamos gentiles y publicanos (Mt. 18:17)”², esto es, paganos y de esos que, teniendo como su dios al dinero, traicionan a su propio pueblo y sirven al imperio de Roma.

Explicación del Sembrador (Lc. 8:9-15)

“Pero bienaventurados [benditos] vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen. Porque de cierto os digo, que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron” (Mt. 13:16-17). Oigan entonces, la explicación.

La semilla sembrada junto al camino, es la Palabra que es oída, pero no es entendida. “Oye la Palabra del reino y no la entiende, viene el malo [satanás], y arrebató lo que fue sembrado en su corazón” (Mt. 13:19). Oyen, pero el diablo tira la palabra de Dios de su corazón, y así no se salven. Aquí vemos el primer y máximo enemigo de la palabra de Dios: el diablo, o satanás.

La semilla sembrada entre las piedras, es la Palabra sembrada entre aquellas personas que reciben con alegría, y creen por un tiempo. Sin embargo, cuando viene el momento de la prueba, de la tentación del diablo, de la persecución por causa de la Palabra de Dios, tropiezan, se escandalizan, se apartan de Dios y del Evangelio (Lc. 8:13; Mr. 4:17b). En esto podemos ver el segundo enemigo de la palabra de Dios: la propia carne de pecado, nuestra naturaleza humana corrompida, nuestra carne pecaminosa, que arrastramos desde nacimiento (la concupiscencia).

La semilla que el Sembrador siembra entre los espinos, es sembrada entre personas que oyen, y al principio creen también. Pero a medida que crecen, que avanzan por la vida, terminan sofocando ellos mismos dicha Palabra, por seguir los placeres de la vida (el hedonismo), por las preocupaciones de este mundo, por el engaño de la riqueza y la codicia de cosas materiales (el materialismo). Al final tampoco dan fruto maduro (Lc. 8:14), porque la Palabra fue ahogada.

Finalmente, está la semilla que cae en la buena tierra. Aquí la semilla encuentra en suelo apto para el cultivo. La buena tierra son aquellos que con corazón bueno y recto han oído la Palabra, retienen la Palabra, y de este modo da frutos la Palabra de Dios en ellos. Aquí nuestro Señor da un dato interesante. Dice que “dan fruto con en perseverancia” (Lc. 8:15). Dan fruto uno al 30%, otro al 60% y otro al 100%. De esto mismo habla san Pablo, cuando dice en Romanos 15:4: “Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza”. Y así se cumple la promesa hecha por Dios por el profeta Isaías: “Porque como descende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi Palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía” (Is. 55:10-11a).

Conclusión

Porque “agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación... Nosotros predicamos a Cristo crucificado... poder de Dios, y sabiduría de Dios” (1 Co. 1:21b, 23a, 24b). Él es el grano de trigo que cayó en la tierra y murió por los pecados del mundo entero, para llevar mucho fruto (Jn. 12:24) para Dios: el fruto de vidas perdonas, salvadas y santificadas por su Evangelio. Amén.

² C. Walther, *Ley y Evangelio*, p. 274.